

McCulloch, Gretchen, *Because Internet: Understanding the New Rules of Language*, Nueva York: Riverhead Books, 2019, 326 páginas, 24 cm, ISBN 9780735210936



Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/redd.4.2021.146-156>

A lo largo de los capítulos que conforman *Because Internet: Understanding the New Rules of Language*, Gretchen McCulloch plantea a sus lectores preguntas acerca de la comunicación que, en definitiva, encuentran su respuesta en el título de la obra, es decir, la causa de las nuevas reglas comunicativas es internet. En tal sentido, si bien el lenguaje varía por su propia naturaleza, la autora evidencia, por medio de anécdotas, relatos y teoría, que la aparición de internet, con sus variadas plataformas y aplicaciones, generó una aceleración en los cambios de la lengua.

La obra, escrita en inglés, fue publicada en el año 2019, es decir, unos pocos meses antes de que, a causa de la pandemia de COVID-19, se imponga en la mayoría de los países el aislamiento social preventivo, período durante el que la comunicación a través de internet resultó casi la única opción. Si bien McCulloch escribió la obra sin anticipar el drástico cambio en la manera habitual de interactuar, el libro no resulta desactualizado, sino que, por el contrario, cada capítulo aporta a la comprensión de las nuevas reglas comunicativas. Además, la obra resulta accesible también a quienes tengan interés en la lingüística, pero no necesariamente se especialicen en ella. Tal como la autora afirma a modo de cautivante advertencia, quien lea *Because Internet* nunca volverá a mirar los mails, chats o publicaciones en redes sociales de la misma manera.

La autora se define como una lingüista de internet y ha escrito para reconocidos medios de comunicación y páginas web de habla inglesa. Además, escribe en su blog *All Things Linguistic* y es cocreadora de un *podcast* sobre lingüística llamado *Lingthusiasm*. Como ella se encarga de remarcar, y utilizando una metáfora que en el tercer capítulo desarrollará, su público es “la gente de internet”.

Según la investigadora, en todos los registros de la lengua las personas repiten ciertos modelos, incluso cuando creen que los están evitando. Un ejemplo puede ser el tipeo supuestamente aleatorio en mensajes

informales, del tipo “asdasjdkls”, conocido en inglés como *keysmash*. Con esta obra, la autora busca no solo mostrar cuáles son esos modelos, sino también el motivo por el cual las personas los siguen. Además, se propone un objetivo que sin dudas realizará a lo largo del libro, esto es, el de brindar herramientas a sus lectores para poder encontrar estas regularidades en el lenguaje de internet.

El libro consta de ocho capítulos que exploran, al principio, cuestiones generales vinculadas con la escritura informal y que rápidamente introducen a sus lectores en la comunicación en internet mediada por plataformas y aplicaciones. En tal sentido, la autora se propone, de manera exitosa, abarcar la comunicación en internet en su conjunto. Con tal fin, recorre desde las primeras plataformas para chatear hasta las últimas aplicaciones utilizadas para la comunicación en el año de la publicación del libro.

Además, como recurso complementario de valor, la obra cuenta con un exhaustivo índice temático que puede resultar de utilidad a sus lectores. Por otra parte, en lugar de la tradicional sección de fuentes consultadas, bajo el título “Notes” la autora incluye sus heterogéneas fuentes, es decir, citas extraídas de Twitter, foros de internet, libros, artículos científicos o periodísticos, cartas, postales, etcétera. Estas notas no están indicadas en el cuerpo del texto, por lo que su número corresponde a la página a la que refiere y, además, se incluye, tal vez a modo de eficiente ayudamemoria, la parte del texto a la que hace referencia. Esta original forma de incluir las fuentes permite, por un lado, que las aclaraciones entre paréntesis de años y autores no obstaculicen la lectura. Por otro lado, invita a leer con detenimiento esta sección, es decir, a recorrer sus páginas no solo buscando aquel texto que queremos consultar, sino también leyendo los fragmentos incluidos del libro.

Por otra parte, en relación con los enlaces a páginas web que se incluyen en la obra, resulta novedoso que la autora haya donado dinero a *Internet Archive’s Wayback Machine*, con el fin de que mantengan aquellos enlaces que eventualmente dejen de ser accesibles. Así, mitiga una de las dificultades de la investigación en este campo.

La escritura amena del libro, que invita de manera directa a sus lectores a pensar en su propia forma de comunicarse y a indagar en su biografía lingüística, establece el tono del volumen desde el primer capítulo, titulado “Informal Writing”. Aquí, la autora introduce algunos tópicos que desarrollará con mayor exhaustividad en las secciones siguientes y se detiene en la acción que realizamos con mayor frecuencia

desde que utilizamos internet y dispositivos móviles: la escritura, en particular, en el registro informal. Esto no debería resultar un dato de poca relevancia, ya que la “explosión de la escritura informal”¹ (2019, p. 7) genera en nuestra comunicación grandes cambios, como la autora indaga y explica a lo largo del libro.

En este capítulo y en los subsiguientes, McCulloch realiza consideraciones vinculadas con el proceso de investigación, que pueden resultar de interés a quienes estudian la comunicación digital. Así, en relación con lo metodológico, explica algunas ventajas del análisis de la escritura de internet por sobre el análisis del habla, como, por ejemplo, que se evita la paradoja del observador, la posibilidad de realizar encuestas a gran escala de manera rápida y económica, o el acceso al corpus inmensurable de redes sociales.

Sin embargo, esto trae como consecuencia la necesidad de plantear algunas cuestiones éticas vinculadas con la investigación de la comunicación *online*: si bien las publicaciones en internet son públicas, hay que tener consideraciones al divulgarlas fuera de contexto. Por tal sentido, en el libro las citas de posteos en redes sociales no están vinculadas a usuarios/os individuales. Sin embargo, McCulloch considera justificable desde el punto de vista ético incluir de manera desanonimizada aquellas publicaciones que refieran a una discusión metalingüística vinculada con el objeto mismo de interés del libro, es decir, la comunicación en internet. Así, la autora encuentra una manera de entrar en conversación con estas publicaciones.

Los problemas metodológicos que se anticipan en el primer capítulo reciben también un tratamiento en el segundo, titulado “Language and Society”, en el que, luego de plantear la pregunta “¿Por qué hablás de la manera en la que lo hacés?” (2019, p. 17), la investigadora introduce la dialectología y su historia a través de anécdotas y datos cautivantes. Por otro lado, este mismo capítulo presenta conceptos lingüísticos de manera tal que una persona no especializada en el tema pueda comprenderlos con facilidad. Introduce, así, el concepto de *innovación lingüística* y lo ejemplifica (para regocijo de quienes estudiamos el tabú lingüístico) con el insulto como acto de habla. Además, en vinculación con las aceleraciones en los cambios lingüísticos a causa de internet, aquí la autora ahonda en cuánto influye la tecnología y las redes sociales en esta innovación. Para esto, introduce los conceptos *lazos fuertes* y *débiles* de

¹ La traducción del texto es nuestra.

Milroy y Milroy (1985), en relación con el tipo de vínculo que se puede tener con una persona y también explica de qué manera los lazos lábiles conducen al cambio lingüístico, ya que significan una nueva fuente de formas lingüísticas y, por lo tanto, la posibilidad de que las innovaciones se difundan con mayor facilidad. Entonces, debido a que internet, a través de sus redes sociales, a menudo estimula la vinculación con lazos débiles, puede afirmarse que se trata de un factor fundamental en los cambios lingüísticos.

Luego, mediante una anécdota personal, introduce a sus lectores en los conceptos de *variación lingüística* y de *actitud lingüística* para explicar de qué manera los dispositivos digitales, mediante las herramientas de chequeo de escritura, de autocompletado, etcétera, se han convertido en “autoridades [lingüísticas] invisibles a las que nos podemos resistir pero no evitar” (2019, p. 45), e invita a sus lectores a reflexionar acerca de en qué medida estas nuevas autoridades imponen su propia estandarización de la lengua. En este punto, McCulloch manifiesta su posición acerca de cómo decidir cuál es la escritura correcta y anima a tomar una postura al respecto: su propuesta es la de indagar en cómo las personas, y no los manuales, escriben *hoy*. Con tal fin, propone consultar, por ejemplo, corpus basados en páginas web, como el *Corpus of Global Web-Based English* (*Corpus of Web-Based Global English*, s. f.). Esta toma de postura en relación a la escritura resulta, sin dudas, innovadora para el mundo académico.

Por último, en este segundo capítulo, la investigadora propone abordar la escritura en internet como un género propiamente dicho, en el que las personas pueden mejorar su capacidad de expresión. Es el caso, por ejemplo, de los usuarios de Twitter, que deben aprender a escribir de manera concisa para expresarse en el límite de los caracteres que impone esa red social. Las reglas de este nuevo género son sofisticadas, y las abordará en los capítulos siguientes.

En el tercer capítulo, a partir de la afirmación de que una parte significativa de nuestras vidas sociales se realiza *online*, McCulloch propone la analogía de internet como un país, poblado por la “Gente de internet” (“Internet People”, como se titula el capítulo). La primera ola inmigratoria de este país fue realizada por sus fundadores, es decir, la “Gente vieja de internet” (“Old Internet People”), la segunda ola se conformó por la “Gente completa de internet” (“Full Internet People”) y la “Gente semicompleta de internet” (“Semi Internet People”) y, por último, quienes arribaron en la tercera ola son la “Gente post internet”, la “Gente

pre internet” y la “Gente sin internet” (“Post Internet People”, “Pre Internet People” y “Non Internet People”). Estas olas inmigratorias y sus respectivas cohortes son establecidas y descritas por la autora con rigurosidad.

La población fundadora, es decir, la “Gente vieja de internet”, es una pequeña comunidad que tuvo acceso a internet antes que sus amistades y colegas, por lo que su socialización *online* a través de plataformas era con gente desconocida. Sobre el final de la primera ola, la población incorporó a su *slang* lo que sería, según la autora, el puntapié inicial de la comunicación de la emoción a través de la escritura informal: acrónimos, tipografía y emoticones que son utilizados hasta hoy día.

La segunda ola se origina cuando el acceso a internet ya no quedó relegado a un grupo pequeño de personas. Para conocer cuándo ocurrió esto, McCulloch recurre no solo a datos de investigaciones y artículos periodísticos, sino también a películas en las que se muestra su uso extendido. En esta ola, la autora distingue entre la “Gente completa de internet” y la “Gente semicompleta de internet”. La diferencia entre las cohortes se puede vincular con las características de su socialización *online*, es decir, cuál fue la primera plataforma que utilizaron para socializar, o la manera en que internet media en su vida social –al respecto vale el recordatorio de que el libro fue publicado antes de la pandemia de COVID-19–. En tal sentido, la “Gente completa” adoptó internet como medio para sus vidas sociales, mientras que la “semicompleta” lo usa principalmente para cuestiones laborales o para leer las noticias, es decir, tiene una vida social vinculada parcialmente a internet.

Por último, la tercera ola se conforma por la “Gente post internet”, “Gente pre internet” y “Gente sin internet”. La primera de estas cohortes se caracteriza por ser demasiado joven para recordar la vida anterior a internet, la segunda, por haber sido indiferente a su existencia en las olas anteriores y, luego, por haber comenzado a usarlo de manera gradual y, la tercera, por estar aún *offline*. Nuevamente, la autora describe las características de cada grupo, incluyendo sus elecciones y normas lingüísticas. Como ejemplo de la manera en que opera el análisis que realiza McCulloch, la distinción entre cohortes se realiza a partir un recorrido diacrónico del empleo del acrónimo “lol”, acuñado en el año 1980. Al respecto, resulta de interés el modo en que cada cohorte fue aprendiendo o adquiriendo el término. Así, por ejemplo, mientras que la Gente semicompleta lo conoció en su versión de mayúsculas sostenidas

(“LOL”) a través de una lista que contenía *slang* de internet, la Gente completa lo adquirió a través de sus pares y ya escrito en minúscula (“lol”).

En el cuarto capítulo, titulado “Typographical Tone of Voice”, McCulloch invita a reflexionar acerca de los modos en que las personas expresan sus emociones en la escritura informal mediada por internet. Con tal fin, desarrolla, en primer lugar, de qué manera la puntuación nos permite expresar los matices en la escritura informal. Aquí, la autora no pierde la oportunidad para narrar la historia de la puntuación, que comienza con los escribas medievales y se estandariza con el nacimiento de la imprenta. Luego, la aparición de internet impuso un cambio de prioridades: frente a la necesidad de escribir casi a la misma velocidad del habla, comienza a tener lugar un sistema tipográfico de tono de voz, que resulta ser intuitivo y creativo. Al respecto, introduce la utilización de mayúsculas sostenidas para expresar determinadas emociones, como la felicidad y el enojo, aunque no para la tristeza. Como el uso de esta tipografía data de años previos a la comunicación en internet, la autora brinda algunos ejemplos de antaño.

Por otra parte, la investigadora presenta otra forma de expresar emociones *online*, y se trata de la repetición de letras con el objetivo, por un lado, de enfatizar un enunciado y, por otro, de representar el habla en la escritura. Sin embargo, explica que este último propósito derivó en una nueva forma de expresión de la emoción, que en la oralidad carece de un equivalente. Fiel a su estilo documentalista, la autora brinda el ejemplo más antiguo encontrado en el que se utiliza esta tipografía, y se trata de una novela publicada en inglés a mitad del siglo XIX. Luego, ofrece otros casos de escritura informal por fuera de internet, en los que también se utiliza la repetición de letras. Asimismo, y ya tratándose del mundo *online*, la autora presenta un artículo en el que se afirma que las palabras en las que se halló mayor repetición de letras en Twitter están vinculadas con los sentimientos. Como se hace evidente, este capítulo puede resultar de especial interés para quienes investigan la emoción desde distintas perspectivas.

A su vez, en el análisis de la expresión tipográfica del tono de voz, la autora incluye también las estrategias de cortesía y presenta métodos para construir solidaridad *online*, como, por ejemplo, el uso de acrónimos, cuya comprensión delimita quién forma o no parte de una cohorte de internet, por un lado, o la utilización de signos de exclamación para indicar calidez, por otro. Además, la autora se detiene sobre el símbolo *hashtag*, por supuesto sin desaprovechar la oportunidad de narrar su historia. En las

redes sociales, este símbolo se comenzó a utilizar para encontrar y agrupar conversaciones vinculadas con un tópico en particular, es decir, para construir solidaridad *online*. Además, el libro abarca cuestiones vinculadas con la descortesía. En tal sentido, la autora explica los usos del sarcasmo y de la ironía en internet, figuras retóricas que con frecuencia pueden ser malinterpretadas a causa de la falta de contexto.

En este capítulo, McCulloch también introduce la *tipografía minimalista*, es decir, la escritura sin puntuación ni uso de mayúsculas, y dedica algunas páginas a explicar cómo logró realizar una línea del tiempo del uso de esta tipografía que, justamente por ser la carencia su característica, es difícil de detectar en un corpus.

El libro continúa con el capítulo “Emoji and Other Internet Gestures”, en el que McCulloch intenta entender por qué los emojis se volvieron tan populares. Al respecto, la autora explica que estos son para la comunicación por internet lo que los gestos son para la interacción presencial. En tal sentido, se puede llegar a dos conclusiones: por un lado, que los emojis están más vinculados a lo gestual que a lo emocional; por otro, que cumplen una función primordial para la comunicación informal escrita. Para justificar estas afirmaciones, la autora desarrolla algunos conceptos fundamentales del estudio de la gestualidad, como los *gestos emblemáticos*, y los vincula con los del emoji. Por otro lado, el libro resulta de interés para los estudios vinculados con la descortesía y con la interculturalidad, ya que también señala el modo en que los emojis pueden referir a conceptos tabúes y hace comparaciones entre sus usos en distintas culturas.

Asimismo, McCulloch considera que la “representación digital del cuerpo” (“digital embodiment”, p. 185) puede llevarse a cabo no solo a través de los emojis, sino también por medio de los emoticones y los gifs. En este capítulo, entonces, la autora resume la historia de los emoticones y de los emojis, y aprovecha para introducir algunas diferencias culturales vinculadas con la decodificación por parte de las personas japonesas en comparación con la realizada por los occidentales. Por último, la autora explica por qué los emojis resultan más convenientes para la comunicación por internet, en comparación con los emoticones o *gifs*. Para quien quiera conocer más sobre los gestos de internet, puede resultar útil mencionar que la autora dedica a este tema un capítulo de su *podcast Lingthusiasm*².

² Se trata del capítulo 34, titulado “Emoji are Gesture Because Internet”. En el capítulo 30, “Why do we gesture when we talk?” también se desarrolla la temática de los gestos, pero no

En el sexto capítulo, “How Conversations Change”, el análisis se centra en el correo electrónico y en el chat. Tal como el nombre de esta sección indica, la investigadora explicita los cambios en las normas de conversación que, según su opinión, son más frecuentes en las interacciones mediadas por la tecnología. Para ilustrar, compara la aparición del teléfono y de internet, en tanto que ambas tecnologías significaron una revolución para la conversación. Así, entre datos históricos cautivantes, la autora introduce el concepto de *función fática* y desarrolla de qué manera las apariciones del teléfono primero y del mail después, colaboraron en convertir expresiones literales en fáticas³.

Con relación al chat, McCulloch desarrolla lo complejo que pueden resultar los turnos de habla en la interacción mediada por la tecnología y relata cuáles fueron los aciertos y desaciertos de los primeros programas de chat, tales como TENEX, Unix o Talkomatic, que datan de principios de la década del ‘70. Sin embargo, la autora aclara que, a pesar de que ha habido cambios en las plataformas de chat, las conversaciones por este medio aún mantienen algunas características de hace aproximadamente 40 años, como, por ejemplo, la introducción de varios tópicos de manera simultánea en una conversación entre varias personas. Al respecto, la investigadora concluye, por un lado, que la superposición de turnos en el chat resultó ser su rasgo característico, más que un problema a solucionar. Por otro lado, también afirma que “la asombrosa durabilidad del formato del chat da cuenta del verdadero nacimiento de una nueva forma de comunicación” y, como tal, se caracteriza por ser la “intersección perfecta entre el lenguaje escrito e informal” (2019, p. 214).

Por último, resulta interesante un aporte en relación con la comunicación *online*: la autora entiende que internet puede ser el *tercer lugar*, es decir, el espacio para socializar que no es ni la casa ni el trabajo, tal como lo define quien acuñó el término, Ray Oldenburg (1989). Este concepto, entonces, evidencia una de las grandes diferencias entre el mail y el chat, por un lado, y las redes sociales, por otro. Para la autora, estas últimas son el tercer lugar, en donde, en lugar de interactuar con un sujeto en particular, se puede, de manera espontánea, crear una publicación y recibir reacciones o comentarios de distintas personas. Según el análisis,

se limita a internet. Ambos capítulos pueden resultar un buen complemento a la lectura de este libro.

³ Este tema también se aborda en el capítulo 46 del *podcast*, titulado “Hey, no problem, bye! The social dance of phatics”.

este estudio señala que lo que resulta atractivo de las publicaciones en redes sociales es el hecho de que funcionen como un tercer lugar y explica que, tal como Oldenburg afirmó décadas atrás, una de sus características es que las interacciones allí resultan cautivantes. El concepto de tercer lugar es tan apropiado para entender la comunicación en internet, que resulta también operativo para comprender por qué algunos juegos son tan populares en las redes sociales. En tal sentido, para Oldenburg, estos son característicos de los terceros lugares, debido a que propician la conversación. Por otra parte, la categoría nos permite también comprender la vinculación entre los movimientos sociales y las redes: el ágora, las tabernas o las cafeterías en las que se pergeñaban las revoluciones, pueden comprenderse como análogas a, por ejemplo, Twitter y el lugar que en esta red social adquirieron movimientos como el de *Black Lives Matter*.

McCulloch inicia el anteúltimo capítulo, “Memes and Internet Culture”, explicando que no resulta sencillo ceñir lo que pertenece a la cultura de internet, pero asegura que los memes forman parte de ella. Luego de explicar, entonces, la historia y la etimología de la palabra *meme*, la autora aclara que se trata de un átomo de la cultura de internet, ya que se caracteriza no solo por su capacidad de viralización, sino por su constante regeneración y recombinación, y por eso lo compara con diversos ejemplos de cadenas de recreación del campo literario.

Además, como sucede con los libros clásicos, un meme no se puede comprender si no existe cierto conocimiento compartido. Según la autora, en este radica su encanto, es decir, la confirmación de pertenencia a cierto grupo, que en este caso se trata de la membresía de la cultura de internet. Es por tal motivo que la mayor parte de los escogidos como ejemplo en este capítulo resultan de difícil comprensión para quienes no formamos parte de la cultura inglesa de internet.

El octavo y último capítulo, “A New Metaphor”, comienza, fiel al espíritu de la obra, proponiendo a sus lectores que piensen de qué manera se representan la lengua inglesa. Al buscar la expresión en Google Images, la autora confirmó su hipótesis: hay una fuerte asociación de la lengua con los libros, es decir, con lo editado, estático y autoritario, cuya primera edición es lo más valioso.

Según la autora, las metáforas que usamos para representar el lenguaje deben evolucionar y propone *internet* como una nueva metáfora, por ser este el que mayor impacto tiene sobre la lengua inglesa, tal como se evidenció a lo largo de la presente obra. De inmediato deja en claro a sus lectores las posibilidades que brinda esta nueva representación, al afirmar

que “la lengua es el mejor proyecto de código abierto” (2019, p. 267), que encuentra su fortaleza en el cambio constante y cuyo orden “emerge de las tendencias naturales de las personas” (2019, p. 268).

Luego de este valioso aporte, McCulloch realiza unas últimas aclaraciones, vinculadas con la vastedad de temas que la lingüística de internet puede abordar. Al respecto, explica que el libro se centra en la lengua inglesa, en particular en la variedad estadounidense, debido a que está representada en una gran cantidad de mapas dialectales. Además, complementa esta información al desarrollar brevemente la situación desfavorecida de otras lenguas en internet. A su vez, invita a investigar los cambios tanto en la tecnología, por un lado, como en la relación que tenemos con ella, por otro.

Para finalizar la obra, la investigadora afirma que la experiencia *online* es ya parte inevitable de nuestras vidas y, por lo tanto, existe una convergencia entre la cultura popular y la cultura de internet. Es por esto que la autora prefiere evitar el uso de “vida real” para referir a las actividades realizadas *offline*.

Como ya se manifestó, la obra resulta no solo de consulta obligada para quienes investigan la comunicación en internet, sino que también es una lectura provechosa y accesible para las personas que no son especialistas en el tema y que reconocen que la “vida *online*” confluye con la “vida *offline*”, aunque pertenezcan a la cohorte menos vinculada con internet. Por otra parte, este libro, de alguna manera, también se puede ver representado con la metáfora de internet que propone la autora. En tal sentido, así como los enlaces nos “pasean” a través de la red, al vincularse con algunos capítulos del *podcast Lingthusiasm, Because Internet* nos invita a continuar conociendo sobre la comunicación *online*, a través de un soporte distinto.

A su vez, a lo largo del libro la autora demuestra que ha cavilado cada una de las decisiones vinculadas con lo ético y metodológico en su investigación y, de manera generosa, brinda herramientas a sus lectores para que también puedan pensar sus propias elecciones. De este rasgo positivo se desprende, sin embargo, una crítica vinculada con cierto anglocentrismo en su obra, que recién en el último capítulo explicita y justifica. En tal sentido, si hubiera hecho evidente esta decisión desde los primeros capítulos, probablemente los lectores ajenos al mundo anglosajón podrían haber calibrado mejor las observaciones con respecto a sus realidades.

Por último, quisiera también resaltar uno de los aportes más significativos que McCulloch realiza en su obra, esto es, su análisis humanizado de la comunicación en internet. En tal sentido, la autora enfatiza que la comunicación electrónica resulta “cualquier cosa menos impersonal” (2019, p. 153) gracias a los recursos expresivos que se han ido desarrollando en la tipografía. Así, si tenemos en cuenta la creciente tendencia a la comunicación *online*, resulta alentador que una “lingüista de internet” enfatice la importancia de ser competentes en la comunicación de nuestro tono de voz en la escritura. De esta manera, nos podemos garantizar una vinculación afectuosa con el resto de los humanos. Pues, tal como afirma McCulloch, “aprendemos a escribir no por poder, sino por amor” (2019, p. 154).

PAULA ELIZABETH FAINSTEIN

Centro de Estudios Lingüísticos “Dra. Fontanella de Weinberg”,
Departamento de Humanidades Universidad Nacional del Sur-CONICET
fainstein.p@gmail.com

Referencias bibliográficas

- Corpus of Web-Based Global English*. (s. f.). Recuperado 29 de abril de 2021, de <https://www.english-corpora.org/glowbe/>
- McCulloch, G. (2019). *Because Internet: Understanding the New Rules of Language*. Riverhead Books.
- Milroy, J. y Milroy, L. (1985). Linguistic Change, Social Network and Speaker Innovation. *Journal of Linguistics*, 21(2), 339-384. <https://doi.org/10.1017/S0022226700010306>
- Oldenburg, R. (1989). *The Great Good Place: Cafés, Coffee Shops, Community Centers, Beauty Parlors, General Stores, Bars, Hangouts, and how They Get You Through the Day*. Paragon House.